

JENOFONTE (1992), pp. 43-50 [libro I.3].

I.3

- 1 Ciro, en efecto, hasta los doce años, o un poco más, recibió el tipo de educación expuesto antes, y se mostraba continuamente superior a los de su edad, tanto en la ra-

tablece las verdaderas diferencias de clase, ya que sólo acceden a las magistraturas los hombres que han seguido el entrenamiento en las tres clases establecidas. Estos privilegiados constituirán probablemente la clase que Jenofonte llama de los *homótimos*, cf. I.5.5., etc., «los iguales en honor». Del pasaje se deduce que los que no podían asistir a las escuelas, no alcanzaban nunca la plenitud de derechos políticos.

²⁸ Jenofonte vuelve a tratar con detalle de todas estas costumbres persas en el libro VIII.8 sigs. Herodoto (I.133) dice simplemente que «no les estaba permitido vomitar, ni orinar delante de otra persona».

pidez de aprender lo que debía, como en la nobleza y valentía con que hacía todo. Después de esta etapa Astiages²⁹ mandó a buscar a su hija y al hijo de ésta; porque deseaba verlo, pues había oído que era un niño modelo³⁰. Vino así Mandane junto a su padre, llevándose con ella a su hijo Ciro. Y nada más que llegó, y Ciro supo que Astiages era el padre de su madre, enseguida, puesto que era un niño de natural cariñoso, se puso a abrazarle y besarle, como si se tratase de alguien con el que se hubiese criado, y que formase parte desde hacía tiempo de sus seres queridos. Le encontró adornado, con los ojos pintados, las mejillas coloreadas y con cabellos postizos, lo cual era habitual entre los medos. Todos estos usos, en efecto, son propios de los medos, así como las túnicas de púrpura, los caftanes³¹, los collares alrededor del cuello y las pulseras en los brazos, mientras que entre los persas que vivían en su país, todavía ahora los vestidos son mucho más corrientes y las costumbres más sencillas. Así, al ver el ornato de su abuelo, quedándosele mirando, dijo: «Madre, ¡qué hermoso es mi abuelo!» Y al preguntarle su madre cuál de los dos encontraba que era más hermoso, su padre o su abuelo, Ciro contestó así: «Madre, mi padre es con mucho el más hermoso de los persas, sin embargo de los medos, de cuantos yo he visto en los caminos y en la corte mi abuelo es con mucho el más hermoso.» Abrazándolo

²⁹ Jenofonte innova fuertemente respecto a la versión de Herodoto (I.107 sigs.) según la cual Astiages manda exponer a Ciro recién nacido, porque, según las interpretaciones que los magos han dado a sus sueños, Ciro extenderá su poder por toda Asia y le destronará. Hace de la relación Astiages/Ciro una deliciosa novelita.

³⁰ El calificativo que Jenofonte aplica aquí a Ciro es la frecuente expresión ática *kalós kai agathós*, que implica a la vez la belleza física y la perfección moral. R. Tursiewicz, *Meander*, XXXV, 1980, págs. 195-210, estudia la noción del término en Jenofonte, y llega a la conclusión de que, además de su contenido moral, este epíteto tiene en Jenofonte una significación sociopolítica de clase.

³¹ Se trata de una pieza del vestido de los medos, a modo de capa, pero con largas mangas que llegaban casi hasta los pies. Para la solemne parada militar que Ciro organiza una vez finalizadas sus conquistas (cf. VIII.3.1 sigs.), reparte entre los persas y aliados más importantes vestiduras medas, buscando sin duda la suntuosidad del desfile; en VIII.3.10 se menciona expresamente que los hombres de la caballería llevaban estas capas con mangas, el *kándys*, en el mismo desfile, Ciro lleva un *kándys* «todo de púrpura» (VIII.3.13).

le en respuesta Astiages le hizo revestir con una hermosa ropa y le honraba y adornaba con collares y pulseras, y si salía a algún sitio, le llevaba en un caballo de bridas de oro, tal como él acostumbraba a pasearse. Y Ciro, como era un niño amante de la belleza y de la distinción, estaba muy contento con sus vestiduras y enormemente feliz de aprender a cabalgar: ya que entre los persas, por el hecho de ser difícil criar caballos y cabalgar en un país que es montañoso, era muy raro incluso ver un caballo.

4 Un día que Astiages estaba comiendo con su hija y con Ciro y quería que el niño disfrutase lo más posible con la comida, para que no echase de menos su casa en absoluto, le hacía traer requisitos y toda clase de salsas y platos; y dicen que Ciro dijo: «Abuelo, ¡cuánto trabajo tienes en la mesa, si te es preciso alargar la mano a todas esas fuentes para probar esos alimentos tan variados!» «Y qué —dicen que dijo Astiages—, ¿no te parece que este banquete es mucho más hermoso que el de los persas?» Y se dice que Ciro contestó a estas palabras: «No, abuelo, entre nosotros el camino para saciarse es mucho más sencillo y más directo que entre vosotros: pues a nosotros nos llevan a esta meta pan y carne; en cambio vosotros pretendéis llegar al mismo punto que nosotros, pero, después de dar muchas vueltas arriba y abajo, con dificultades llegáis a donde nosotros hace ya tiempo que hemos llegado.» «Pero, hijo —dicen que dijo Astiages—, todos estos rodeos no nos causan pesar; si tú lo pruebas te darás cuenta de lo agradable que es.» «Pero yo veo —cuentan que dijo Ciro— que también tú, abuelo, sientes asco ante esos alimentos.» Y que Astiages le preguntó: «¿En que te basas, hijo, para decir esto?» «Porque —cuentan que dijo— yo veo que cuando coges pan, no te limpias la mano en absoluto, en cambio cuando tocas alguno de esos alimentos, enseguida te limpias la mano en la servilleta, como si te causase pesar que estuviese llena de esas sustancias.» Y que Astiages contestó a esto: «Si en verdad piensas así, hijo, come al menos carne, para que regreses a casa hecho todo un mozo.» Y diciendo esto le hacía servir abundante carne de caza y de la de todos los días. Y cuentan que Ciro, al ver tal cantidad de carne, dijo: «¿Acaso me das toda esa carne, abuelo, para que haga con ella lo que

quiera?» «Sí, por Zeus³², hijo, te la doy», cuentan que dijo. Y que entonces Ciro tomando la carne la distribuía entre los servidores de su abuelo, dirigiéndose a ellos uno por uno: «A ti te doy esto porque pones mucho interés en enseñarme a cabalgar, a ti porque me has dado una jabalina, que tengo todavía, a ti porque cuidas muy bien al abuelo, a ti porque honras a mi madre.» Así iba haciendo hasta que repartió toda la carne que había recibido.

- 8 «¿Y a Sacas, mi copero —dicen que dijo Astiages—, al que yo tento en gran estima, no le das nada?» Sacas, en efecto, era hermoso y tenía el honor de introducir a los que preguntaban por Astiages e impedir la entrada de aquellos que él no juzgase oportuno dejarlos entrar. Y cuentan que Ciro le preguntó impetuosamente, como un niño que aún no tiene miedo de nada: «¿Pero por qué, abuelo, le tienes en tanta estima?» Y que Astiages en son de broma le dijo: «¿No ves con cuánta nobleza y compostura escancia el vino?» Los coperos de esos reyes escancian el vino con elegancia, lo sirven con pulcritud, dan las copas llevándolas con tres dedos y las entregan de modo que al que va a beber le facilitan lo más posible el coger la copa. «Ordena entonces —cuentan que dijo—, abuelo, a Sacas que me dé la copa para que también yo te conquiste escandiando con elegancia para que tú bebas, si es que soy capaz.» Y que él ordenó que se la diese. Y que Ciro limpió la copa tan bien como él había visto a Sacas, y que adoptando una pose tan adecuada y de tan buenas maneras, acercó la copa y se la ofreció a su abuelo, de tal manera, que hizo reír mucho a su madre y a Astiages. Cuentan que entonces Ciro, echándose a reír, se subió a las rodillas de su abuelo y le besaba, a la vez que decía: «Estás perdido, Sacas, voy a echarte de tu cargo; pues voy a escanciar el vino mejor que tú y, además, yo no me beberé el vino.» Los escanciadores de los reyes, en efecto, cuando dan la copa, sacan de ella con el cazo un poso, lo vierten en la mano izquierda, y lo prueban, para que no
- 9

³² Jenofonte pone a menudo en boca de medos y persas estas invocaciones a los dioses griegos.

- 10 les sirviese de nada, si hubiesen puesto venenos en la bebida. A las palabras de Ciro Astiages dijo, siguiendo la broma: «¿Ciro, cómo es que tú, que estás imitando en todo lo demás a Sacas no has probado el vino?» «Porque —dijo— yo tenía miedo, por Zeus, de que en la gran copa³³ se hubiesen mezclado venenos. Pues también cuando tú invitaste a tus amigos en las fiestas de tu cumpleaños³⁴, yo me di perfecta cuenta de que él os había echado venenos.» «¿Y cómo te diste cuenta de esto, hijo?», dijo. «Porque, por Zeus, yo vi que a vosotros os fallaba la cabeza y el cuerpo. Puesto que, en primer lugar, vosotros hacíais cosas que no nos permitíais hacer a nosotros los niños: todos gritabais a la vez, y no os enterabais de nada de lo que os decíais unos a otros, cantabais de una manera muy ridícula, y, sin escuchar al cantor, jurabais que cantaba muy bien; y cada uno de vosotros hablaba de su propia fuerza, pero cuando os levantabais para danzar, no sólo no eraís capaces de danzar con ritmo, sino ni siquiera de teneros en pie. Habíais olvidado completamente, tú, que eras rey y los otros que eras quien mandaba³⁵. Fue entonces por primera vez cuando me di cuenta de que esto era la igualdad de palabra³⁶, lo que vosotros estabais haciendo; porque, la verdad es que no parabais de

³³ El *kratér* era un recipiente donde se mezclaba el vino con agua entre los griegos. Su misma etimología indica su función, ya que está emparentado el término con el verbo *keránnymi*, que significa «mezclar». De este recipiente se servía, sacándolo con una especie de cazo, a las copas individuales.

³⁴ Herodoto refiere entre las costumbres de los persas la de celebrar más que ningún otro día el del propio aniversario, organizando festines desacostumbrados entre ellos: los ricos llegan a servir a su mesa un buey, un caballo, un camello, o un asno asados enteros (cf. Hdt. I.133).

³⁵ Herodoto nos dice también que los persas son muy aficionados al vino, y que, además, tienen la costumbre de discutir los asuntos más importantes cuando están bebidos; las conclusiones a que llegan, las someten a revisión al día siguiente cuando están sobrios, y, si coinciden en las decisiones, lo llevan adelante; si no, desisten. Igualmente, si un asunto lo han discutido estando sobrios, lo vuelven a someter a decisión cuando están bebidos (cf. Hdt. I.133). Aquí Jenofonte más bien parece tener en cuenta los efectos negativos del vino en exceso.

³⁶ La *isagoría*, término compuesto de *isos-a-on*, «igual» y la raíz de *agorá* «plaza», *agoreío* «hablar en público», como la *isonomía* «igualdad ante la ley» y la *eleuthería* «libertad», son propias de los regímenes democráticos. En la monarquía absoluta de Astiages, lógicamente, no debía de ser habitual; de aquí la ironía de su uso en este contexto.

hablar.» Astiages dijo: «Pero, tu padre, hijo mío, ¿no se emborracha cuando bebe?» «No, por Zeus», dijo. «Pero ¿cómo lo hace?» «Apaga su sed y ningún otro mal le ataca; yo creo, abuelo, que es que él no tiene un Sacas para servirle vino.» Su madre dijo: «Pero ¿por qué, hijo mío, te metes con Sacas de esta manera?» Ciro dijo: «Por Zeus, porque le odio; pues muchas veces que yo tengo ganas de correr al encuentro de mi abuelo, ese malvado me lo impide. Pero, te lo suplico, abuelo, concédeme que yo pueda mandarle durante tres días.» A lo que Astiages respondió: «¿Y cómo le mandarías?» Ciro dijo: «Estaría de pie como él en la entrada y cuando quisiera entrar a desayunar, le diría que aún no es posible ponerse a desayunar, porque Astiages está ocupado con otras personas; y si viniese después para la cena, le diría que se está bañando, y cuando quisiera ir a cenar, le diría que tiene muchísima hambre le diría que está en los aposentos de las mujeres, hasta que lo torturase como él me tortura a mí apartándome de ti.» Todos estos buenos ratos les hacía pasar Ciro en la mesa. Durante el día, si se daba cuenta de que, o bien su abuelo, o bien el hermano de su madre, necesitaban algo, era difícil que alguien se le adelantase en hacerlo; pues Ciro se sentía extraordinariamente contento en agradarles en lo que pudiera.

- 12
- 13 Cuando Mandane se disponía a regresar de nuevo al lado de su marido, Astiages le pidió que dejase a Ciro. Ella le contestó que quería agradar en todo a su padre, pero que le resultaba duro pensar en dejar al niño contra su voluntad. Entonces Astiages le dice a Ciro: «Hijo mío, si te quedas a mi lado, primero, Sacas no decidirá cuándo puedes entrar junto a mí, sino que cuando quieras entrar a mi lado, podrás hacerlo, y yo sabré agradecerte tanto más cuantas más veces entres a mi lado. Después, podrás montar mis caballos y todos los demás, cuantos quieras, y cuando te marches, te llevarás contigo los que te apetezca. Además, en la mesa, seguirás el camino que tú quieras, con vistas a tu sentido de la moderación¹⁷. Después,
- 14

¹⁷ Se vuelve a utilizar aquí la metáfora del camino para la comida, como arriba en el párrafo 4.

15

te doy las fieras que en este momento yo tengo en mi parque, y reuniré otras de todas las especies, para que tú, en cuanto aprendas a montar a caballo, las persigas y las alcances con tus flechas o con tus dardos, como los hombres mayores. También te proporcionaré niños como compañeros de juego, y en todo lo demás que desees, si me lo dices, no quedarás frustrado.» Cuando Astiages dijo esto, la madre preguntó a Ciro si quería quedarse o regresar. Y él no tardó en contestar, sino que enseguida dijo que quería quedarse. Y cuando su madre le preguntó de nuevo que por qué razón, se dice que dijo: «Porque en casa, madre, soy, y tengo la fama de ser, el mejor de los de mi edad en el manejo de la jabalina y del arco, en cambio aquí yo sé muy bien que soy inferior a los de mi edad en el arte de montar a caballo; y eso, madre, lo sabes bien, me molesta mucho. Y si me dejas aquí y aprendo a montar a caballo, cuando esté entre los persas, yo creo que venceré con facilidad a los buenos de allí en los ejercicios de a pie, y cuando venga al país de los medos, intentaré aquí ser el mejor de los expertos caballeros de mi abuelo, para combatir a su lado en la caballería.»

17

Y que su madre le dijo: «¿Y la práctica de la justicia, hijo mío, cómo la vas a aprender aquí si tus maestros están allí?» Y que Ciro dijo: «pero, madre, la conozco ya a la perfección». «¿Cómo lo sabes?», se dice que preguntó Mandane. «Porque —se cuenta que respondió Ciro— el maestro me ponía a juzgar a otros como si yo conociese ya perfectamente la práctica de la justicia. Y te aseguro que sólo en un proceso recibí una vez golpes por no haber juzgado rectamente. Este proceso fue más o menos así: un niño alto que tenía una túnica corta, a otro niño bajo que tenía una túnica larga, se la quitó y le cubrió con la suya, y él se vistió la de aquél. Entonces yo, al juzgarles, sentencié que era mejor para ambos que cada uno tuviese la túnica que le iba bien; el maestro, ante esta respuesta, me dio un golpe y me dijo que, cuando fuese encargado de juzgar sobre a quién le iba bien la túnica, debía obrar así, pero tratándose de juzgar de quién era la túnica, afirmó que había que fijarse en esto: ¿a quién pertenecía en justicia, al que la había quitado por la fuerza y la mantenía en su poder, o al que tenía la posesión por

habérsela hecho o haberla comprado? Y añadió que, puesto que lo legal es lo justo y lo ilegal una violencia, él exhortaba siempre a quien juzgaba a pronunciarse conforme a la ley. Así que, ya ves, madre, que en cuanto a la justicia, estoy ya perfectamente al corriente de todo; y, si necesitase algo más, el abuelo —concluyó— me lo enseñará también.» «Es que no se consideran justas las mismas cosas en el país del abuelo que entre los persas —dijo Mandane— pues él se ha hecho a sí mismo señor absoluto de todo lo que hay en el país de los medos, en cambio entre los persas es norma el principio de igual dignidad³⁸. Y tu padre es el primero en hacer lo ordenado por la ciudad y en aceptar las normas, y su medida no es su propia voluntad, sino la ley. En consecuencia, ten cuidado de que no perezcas a golpe de látigo, cuando estés en casa, si regresases habiendo aprendido al lado de tu abuelo, en lugar de los usos del principado, los del señorío³⁹, en el sentido de pensar que el señor debe estar por encima de todos.» «Ten en cuenta, madre —contestó Ciro—, que tu padre tiene una especial habilidad para enseñar a los otros a ser menos y no más. ¿Es que no ves —continuó— que tiene enseñados a todos los medos a ser menos que él? Así que, estate tranquila, que tu padre no dejará ir de su lado a nadie, ni siquiera a mí, que haya aprendido a reclamar más de lo debido.»

³⁸ Cf., sin embargo, nota 27.

³⁹ Utilizamos aquí el término de «principado» como versión del griego *basilikou* porque nos parece sugerir una idea más próxima (en el sentido de «primus inter pares») al tipo de autoridad que Jenofonte atribuye al padre de Ciro, rey de los persas, en boca de su esposa Mandane. Asimismo usamos el término «señorío» para traducir *tyrannikon*, por pensar que refleja mejor que el término moderno «tiranía» el tipo de autoridad (de «señor de vidas y haciendas») atribuido igualmente a través de las palabras de Mandane, al rey de los medos, abuelo de Ciro.

JENOFONTE (1992), pp. 128-135 [libro III.2].

III.2

- 1 Al día siguiente, tomando Ciro a Tigranes y a los mejores de la caballería meda y de entre sus amigos a cuantos le pareció oportuno, dando una vuelta a caballo por el país inspeccionaba, mirando dónde construiría el fortín. Subiendo a una cima preguntó a Tigranes cuáles eran las montañas desde las que los caldeos bajaban para hacer pillaje. Tigranes se las mostró. Él preguntó de nuevo:

que «el Armenio», «el Asirio» son denominaciones para el más importante de los armenios o asirios, es decir, su rey.

- «¿Ahora estas montañas están desiertas?» «No, por Zeus —dijo Tigranes—, hay siempre vigías de los caldeos que señalan a los demás lo que ven.» «Bien —dijo—, ¿qué hacen cuando perciben una señal?» «Acuden rápido en su ayuda a las cimas, cada uno como puede.» Ciro escuchaba estas indicaciones y, en su inspección se dio cuenta de que una gran parte del territorio de los armenios estaba desierta y en barbecho a causa de la guerra. Después regresaron al campamento y, una vez que cenaron, se fueron a dormir. Al día siguiente el propio Tigranes se presentó totalmente equipado y con aproximadamente cuatro mil jinetes, diez mil arqueros y otros tantos de infantería ligera¹¹. Mientras que ellos se reunían, Ciro hacía un sacrificio; como los presagios le eran favorables, convocó a los caudillos de los persas y de los medos, y, cuando estuvieron reunidos, les habló así:

- «Amigos, esas montañas que vemos son de los caldeos; si nos apoderásemos de ellas y pusiésemos nuestro fortín en la cumbre, tanto los armenios como los caldeos, no tendrían más remedio que mirarnos con respeto. Los presagios de los sacrificios nos son favorables. Pero para llevar esto a la práctica, los mejores aliados son la decisión y, la rapidez: pues si nos apresuramos a subir antes de que los enemigos se reúnan, o bien tomaríamos la cima sin tener que combatir en absoluto, o bien nos las tendríamos que haber con pocos y débiles enemigos. En consecuencia, lo más fácil y menos peligroso que podemos hacer ahora es tener el valor de apresurarnos. Id, pues, a las armas. Vosotros, medos, avanzad a nuestra izquierda; vosotros, armenios, id la mitad a la derecha y la mitad delante de nosotros; vosotros, caballeros, seguidnos detrás, dándonos ánimos y empujándonos hacia arriba, y si alguno desfalleciese, no se lo permitáis.» Diciendo estas cosas, Ciro se puso al frente, tras colocar las secciones en columna. Los caldeos, cuando se dieron cuenta de que el ataque se dirigía a las cumbres, enseguida dieron la señal a los suyos, se avisaban a gritos unos a otros, e intenta-

¹¹ Lo que corresponde, efectivamente, a la mitad de las tropas armenias, que eran 8.000 soldados de caballería y 40.000 de infantería (cf. III.1.33-34).

ban reunirse. Ciro, por su parte, arengaba así a sus hombres: «Persas, la señal de apresurarse nos la están dando a nosotros. Pues, si nos adelantamos en llegar arriba, nulo será el poder de los enemigos.»

7 Los caldeos llevaban escudos de mimbre y dos lanzas; y se decía que ellos eran los más belicosos de los pueblos de aquellos entornos; también combaten como mercenarios, cuando alguien se lo pide, tanto por ser muy buenos guerreros, como por ser pobres, ya que su país es
8 montañoso, y la parte productiva, pequeña. A medida que los que rodeaban a Ciro se acercaban más a las cimas, Tigranes, que avanzaba junto a Ciro, le dijo: «Ciro, ¿te das cuenta de que nuestro propio grupo no tendrá más remedio que combatir enseguida? Porque los armenios temo que no resistirán a los enemigos.» Ciro dijo que ya lo sabía y al punto pasó la consigna a los persas de «estar preparados en la idea de que pronto tendréis que perseguir a los enemigos, cuando los armenios, al retroceder, nos
9 los echen encima». Los armenios marchaban, pues, en cabeza; los caldeos que había en las alturas, al acercarse los armenios, prorrumpiendo en gritos de guerra, se lanzaron enseguida a correr a su encuentro, como hacían habitualmente; los armenios, tal como acostumbraban a hacer también, no aguantaron el ataque. Cuando los caldeos, en su persecución, vieron a soldados enemigos que, espada en mano, se precipitaban a las alturas, unos, corriendo a su encuentro murieron enseguida, otros intentaban huir y otros, finalmente, fueron apresados y las cimas rápidamente fueron ocupadas. Cuando el grupo de Ciro ocupó las cimas, contemplaron desde allí las viviendas de los caldeos y se dieron cuenta de que ellos estaban
10 huyendo de las más cercanas. Ciro, en cuanto todos sus soldados estuvieron reunidos, dio la orden de desayunar. Al terminar de desayunar, y darse cuenta entonces de que los puestos de vigilancia de los caldeos eran una cosa bien segura y abundante en agua, al punto hizo construir un fortín. Asimismo ordenó a Tigranes mandar recado a su padre exhortándole a que viniera con todos los carpinteros y albañiles que tuviera. Un mensajero partió en busca del Armenio, y Ciro iba construyendo la fortificación con los hombres de que disponía.

12 En esto llevan a presencia de Ciro a los cautivos, unos atados, y algunos de ellos heridos. Cuando los vio, al punto ordenó desatar a los que iban atados, y, llamando a médicos¹⁶, les ordenó curar a los heridos. Después dijo a los caldeos que él estaba allí no porque quisiera aniquilarlos, ni porque necesitase hacer la guerra, sino porque quería hacer la paz entre los armenios y los caldeos. «Antes de que las cimas fuesen ocupadas —dijo—, sé que vosotros no teníais ninguna necesidad de la paz, pues vuestras cosas estaban a seguro y os llevabais y saqueabais las de los armenios; pero ahora ya veis en qué situación estáis. Pues
13 bien, yo os dejo libres para ir a vuestras casas, a vosotros, mis prisioneros, y os doy la posibilidad de que decidáis en compañía de los demás caldeos si queréis luchar con nosotros o ser nuestros amigos. Si elegís la guerra, ya no vengáis hacia aquí sin armas, si es que tenéis sensatez; pero si pensáis que debéis hacer la paz, venid sin armas. Si os convertís en amigos nuestros, será asunto mío que vuestras cosas vayan bien.» Después de escuchar esto los caldeos y hacer grandes alabanzas de Ciro y saludarle efusivamente, se marcharon a casa.

El rey de Armenia, una vez que escuchó la petición de Ciro y lo que pensaba hacer, tomando consigo a los carpinteros y todo lo demás que creía que sería necesario, llegó a la presencia de Ciro con cuanta rapidez le fue posible. Cuando vio a Ciro, le dijo: «Ciro, ¿qué verdad es
15 que los hombres iniciamos muchas empresas con pocas posibilidades de prever el futuro! Porque ahora es cierto que yo, intentando granjearme mi libertad, llegué a ser tan esclavo como nunca; y cuando fuimos capturados y pensábamos que claramente estábamos perdidos, henos aquí más a salvo que nunca; pues la verdad es que los que nunca cesaban de causarnos males sin parar, los veo ahora en la situación que yo deseaba. Sabe bien esto, Ciro —continuó—, que yo, para expulsar a los caldeos de esas cimas habría dado muchísimo más dinero del que tú has recibido ahora de nosotros; en cuanto a los favores que tú habías prometido hacernos cuando recibieses el dine-

¹⁶ Sobre la conveniencia de llevar médicos escogidos en el ejército, se insiste más de una vez, cf. I.6.15.

ro, ya nos los has hecho con creces, de modo que somos nosotros, al contrario, los que te debemos favores otra vez, favores a los que, a no ser que nos portásemos como unos cobardes, sería una vergüenza no corresponder.» Estas fueron las palabras del Armenio.

Llegaron los caldeos pidiendo a Ciro hacer la paz con ellos. Ciro les preguntó: «Caldeos, ¿no es cierto que vosotros deseáis ahora la paz porque consideráis que podréis vivir con más seguridad si se produce la paz que continuando la guerra, ya que nosotros hemos ocupado estas alturas?» Los caldeos asintieron. Y él dijo: «¿Y qué pasaría si se os añadieran otros beneficios a causa de la paz?» «Que estaríamos aún más contentos», dijeron. «Pues bien —dijo—, ¿no es cierto que ahora os consideráis pobres por la escasa tierra buena que poseéis?» Asintieron también a esto. «Entonces —dijo Ciro—, ¿os gustaría que, aceptando los mismos tributos que los demás armenios tuvieseis la posibilidad de cultivar toda la tierra de Armenia que quisierais?» Los caldeos dijeron que sí, siempre que pudiesen confiar en que no recibirían daños. «¿Y tú, qué, Armenio —dijo—, querrías que la tierra que tienes ahora en barbecho¹⁷ fuese cultivada, si los que la trabajasen te hubieran de pagar lo acostumbrado en tu país?» El Armenio dijo que ya pagaría porque fuese así, pues ello aumentaría mucho sus ingresos. «¿Y qué, vosotros caldeos —dijo Ciro—, ya que tenéis montañas buenas para el pasto, estaríais dispuestos a permitir que los armenios se aprovecharan de esos pastos, si los que utilizasen los pastos pagasen lo que es de justicia?» Los caldeos dijeron que sí; porque obtendrían muchas ventajas sin ningún esfuerzo. «Y tú, Armenio, estarías de acuerdo en utilizar los pastizales de los caldeos, teniendo en cuenta que haciendo unas pocas cesiones obtendrías unas ventajas muy superiores?» «Estaría perfectamente de acuerdo —dijo— si tuviese la convicción de que mis rebaños podían pastar con seguridad.» «¿Es que no pastaríais con seguridad si las cimas estuviesen de vuestro lado?» Asintió el Armenio. «Pero, por Zeus —dijeron los caldeos—, somos nosotros los que

no trabajaríamos con seguridad, no sólo la tierra de los armenios, sino ni siquiera la nuestra, si ellos ocupasen las cimas.» «¿Y si las cimas las ocupasen aliados nuestros?», dijo Ciro. «Así —contestaron— para nosotros sería perfecto.» «Pero, por Zeus —dijo el Armenio—, tampoco a nosotros nos irían bien las cosas si ellos volviesen a apoderarse de las cimas, y más ahora que están fortificadas.» Ciro contestó: «He aquí, pues, lo que voy a hacer; no os entregaré las cimas ni a unos ni a otros; seremos nosotros los que las vigilemos; y, si os molestáis unos a otros, nosotros estaremos del lado de los ofendidos.»

Cuando ambos grupos oyeron estas palabras, las aprobaron y dijeron que sólo así la paz sería segura. Sobre estas bases se intercambiaron mutuas prendas de fidelidad todos y convinieron de común acuerdo que unos y otros eran libres entre ellos, que tenían el derecho recíproco de matrimonio, de cultivo de los campos y de los pastos, así como la obligación de ayuda mutua en la guerra, si alguien atentaba contra unos u otros. Así se hicieron entonces las cosas, y todavía ahora continúan de igual manera los pactos acordados entonces entre los caldeos y el señor de Armenia. Una vez que estos acuerdos se tomaron, se pusieron enseguida unos y otros a construir la fortaleza con gran entusiasmo, en la idea de que era una defensa común para ambos pueblos, y tanto unos como otros aportaban todo lo que hacía falta. Cuando se acercaba el atardecer, Ciro invitó a cenar junto a él a los dos grupos, como si ya fuesen amigos. Mientras estaban todos juntos en la tienda, uno de los caldeos dijo que para el resto de sus compatriotas, en conjunto, los acuerdos tomados eran algo deseable, pero que existían algunos grupos de caldeos que vivían del pillaje y no sabían trabajar la tierra, ni eran capaces de hacerlo, acostumbrados como estaban a sacar su sustento de la guerra; porque siempre habían vivido del pillaje y de ser mercenarios, frecuentemente junto al rey de los indios (que era un hombre muy rico, según decían), y muchas veces también al lado de Astiages. Ciro respondió: «Entonces ¿por qué no se unen ahora a mí como mercenarios? Yo les daré tanto como ninguno les ha dado nunca.» Asintieron ellos y afirmaron que muchos iban a ser los voluntarios.

¹⁷ Ciro, minucioso observador, se ha dado cuenta de que gran parte de la tierra cultivable de los armenios está en barbecho (III.2.2).

27 Así se llegó a todos estos acuerdos. Ciro, al oír que los caldeos habían ido a menudo a la corte del rey de la India, acordándose de que habían venido al país de los medos observadores de parte de ese rey con el fin de examinar detenidamente su situación, y que luego se habían ido al país de los contrarios, también para ver de cerca la situación de ellos, quería que el Indio se enterase de lo que él había hecho entre tanto. En consecuencia, comenzó a hablar así: «Armenio, y vosotros caldeos, decidme, si yo enviase ahora a alguno de los míos a entrevistarse con el Indio, ¿me enviaríais con él a algunos de los vuestros, que le enseñasen el camino y le ayudasen a conseguir del Indio lo que yo intento? Pues yo querría disponer todavía de más dinero, para poder dar una soldada generosa a quienes merecieran honores, y colmar de regalos a los que se hicieran dignos de ellos en nuestra expedición conjunta; por esto quiero disponer de la mayor cantidad de dinero posible y pienso que lo necesito, pero el vuestro me gustaría no tocarlo, porque os considero ya amigos; en cambio del Indio, con gusto lo tomaría, si me lo diera. Pues bien, mi mensajero al llegar allí, hablará así: “Rey de los indios, me envía Ciro a tu presencia; dice que necesita más dinero, porque está esperando otro ejército procedente de su país, de Persia (es cierto que lo espero, dijo); así, pues, si tú le envías todo el dinero que te sea posible, dice que, si la divinidad le concede acabar bien lo que se propone, intentará actuar de manera que tú puedas pensar que has hecho una buena decisión al complacerle”. Eso es lo que él le dirá de mi parte. Vosotros, por vuestro lado, dad a los que penséis enviar los encargos que os parezcan oportunos. Si logramos sacarle dinero, actuaremos con más esplendor; si no lo logramos, sabremos que no le debemos ningún favor y podremos disponer en todo lo que a él concierne mirando exclusivamente a nuestra conveniencia.» Así habló Ciro, convencido de que los armenios y caldeos que fuesen con el mensajero hablarían de él tal como él deseaba que todos los hombres hablasen y oyesen hablar de él¹⁸. Luego, cuando el

28

29

30

¹⁸ Recuérdese que en I.2.1 se dice que Ciro estaba siempre dispuesto a todo tipo de esfuerzos y peligros para merecer alabanzas.

momento fue oportuno, dispersándose por tiendas, se fueron a descansar.

1

2

3

4

¹⁹ Ciro intenta siempre no despertar el recelo de su quisquilloso tío Ciaxares.

44

45

46

47

48

JENOFONTE (1992), pp. 317-324 [libro VIII.2].

VIII.2

- 1 En primer lugar, él intentaba mostrar siempre en todo tiempo toda la benevolencia de que su espíritu era capaz, porque consideraba que, lo mismo que no es fácil amar a aquellos que parecen odiarnos, o tener buenos sentimientos para con los malvados, de la misma manera, aquellos de quienes todos piensan que tienen sentimientos de amor y benevolencia, no pueden ser odiados por los que consideran que son amados por ellos. En consecuencia, mientras no tuvo más posibilidades de manifestar su generosidad¹⁴ con cosas materiales, intentaba apoderarse de su amistad preocupándose de los que estaban con él, no escatimando esfuerzos por ellos y dando muestras ante todos de que gozaba con sus alegrías y se apesadumbraba con sus penas¹⁵; pero cuando le fue posible dar muestras de su generosidad con cosas materiales, me parece a mí que desde el primer momento se dio cuenta de que ningún favor mutuo merece tanto agradecimiento entre los hombres, con el mismo gasto, que compartir la comida y la bebida. Viendo así las cosas, desde el principio dio la orden de que se sirviese siempre a su mesa comida análoga a la que él tomaba en cantidad suficiente para mu-
- 2
- 3

¹⁴ Antes de sus victorias, sobre todo antes de la conquista de Sardes y Babilonia con todas sus riquezas y tesoros. Cuando empieza la campaña, depende de Cixares incluso para el mantenimiento de su ejército (ver II.4.9. sigs.).

¹⁵ Recuérdense, por ejemplo, los casos de Gobrias y Gadatas.

chísimos hombres; lo que se servía, excepto lo que él y sus comensales consumían, lo hacía distribuir entre aquellos de sus amigos a los que quería demostrar que los tenía presentes en su memoria y que los apreciaba. Lo distribuía también entre los que, tanto en las guardias, como en los servicios auxiliares, como en cualquier otro tipo de trabajo, merecían su aprobación entusiasta, y lo hacía así para darles una prueba de que no le pasaba por alto su voluntad de agradarle. Siempre que tenía motivos de alabanza para con alguno de sus servidores, le honraba también con cosas de su mesa; asimismo hacía colocar sobre su propia mesa toda la comida de los servidores, porque creía que, al igual que con los perros, esto despertaría en ellos sentimientos de afecto. Y, si quería que alguno de sus amigos recibiese el respeto de la mayoría, también a éste le enviaba viandas de su mesa. Efectivamente, todavía ahora, también respetan más todos a aquéllos a los que ven que se les envían viandas de la mesa del Rey, pues consideran que son personas distinguidas por el favor real y capaces de conseguir algo, si lo necesitasen. Además la comida enviada de parte del Rey no sólo alegra por lo que he dicho, sino que realmente las viandas provenientes de la mesa real son de paladar muy diferente.

No tiene nada de extraño que esto sea así: pues, lo mismo que las demás artes son cultivadas de manera diferente en las grandes ciudades, de la misma manera, las comidas que se presentan al Rey son resultado de un esfuerzo muy diferente en su preparación. En efecto, en las pequeñas ciudades son los mismos los hombres que hacen una cama, una puerta, un arado, una mesa, y muchas veces es ese mismo individuo el que construye una casa y está encantado si consigue clientes capaces de darle de comer con estos trabajos; en consecuencia, es imposible que un hombre que practica muchos oficios los haga todos bien. En cambio en las grandes ciudades, por el hecho de que son muchos los que necesitan cada una de las cosas, basta un solo oficio para vivir, y a veces, tan sólo una especialidad dentro de un oficio: así, el calzado de hombre lo hace un especialista, el de mujer, otro; es más, hay lugares en que uno se gana la vida solamente cosiendo los zapatos, otro cortándolos, otro recortando solamen-

te los empeines, otro no haciendo ninguna de estas cosas, sino simplemente uniendo las piezas. En consecuencia, es forzoso que el que se consagre a un trabajo tan especializado, a la fuerza lo haga perfecto.

Lo mismo ocurre con lo que se refiere a la preparación de la comida. Quien tiene la misma persona para preparar los sofás de sentarse a la mesa, para poner la mesa, para hacer la pasta, para hacer de condimento unas veces una cosa, otras otra, yo creo que forzosamente tiene que aguantarse con cada cosa tal como salga; en cambio, donde es trabajo suficiente para un hombre el cocer la carne, para otro el asarla; para uno el cocer el pescado, para otro el asarlo; para otro el hacer pan —y ni siquiera pan de todas clases¹⁶, sino que basta que pueda ofrecer un solo tipo con el que ha alcanzado renombre—, yo creo que forzosamente las cosas hechas así resultan cada una de ellas muy diferentes en su factura.

En todos estos cuidados que se tomaba respecto a las comidas, Ciro no tenía rival; ahora voy a exponer cómo también en los cuidados que se tomaba en todos los demás aspectos, Ciro era superior; pues, si es cierto que él estaba muy por encima de los demás por la cantidad enorme de tributos que recibía, estaba aún mucho más por encima de los demás por la cantidad de dones que repartía. Fue Ciro quien dio comienzo a esta costumbre, pero continúa todavía ahora siendo una costumbre de los que ocupan el trono, la dadivosidad. En efecto, ¿quién tiene evidentemente amigos más ricos que el Rey de Persia?, ¿quién presenta un séquito más fastuosamente ataviado que el Gran Rey¹⁷?, ¿de quién se conocen presentes como algunos de los del Gran Rey, brazaletes, gargantillas, caballos con bridas de oro? Hay que tener además en cuenta que allí nadie puede tener cosas así, a no ser que el Rey se las dé. ¿De qué otro se cuenta haber conseguido por la magnitud de sus regalos ser preferido a los propios hermanos, padres e hijos? ¿Qué otro tenía la posibilidad

¹⁶ Jenofonte en *Anábasis* IV.5.32; VII.3.21 nos habla de los diversos tipos de pan; de trigo y de cebada, panes con levadura, etc.

¹⁷ Es decir, el rey de Persia, el Rey por antonomasia, que no necesita ser explicitado, refiriéndose a Persia, con ningún epíteto.

de castigar a unos enemigos que estaban a muchos meses de distancia, qué otro que el Rey de Persia? ¿Qué otro después de someter un imperio, murió siendo llamado padre por sus súbdito, qué otro que Ciro? Este nombre es evidente que es más propio de un bienhechor que de un usurpador¹⁸.

- 10 Hemos sabido también que los llamados «ojos y oídos del Rey» no los consiguió de otra manera que por medio de regalos y honores; pues, al premiar generosamente a aquellos que le anunciaban cualquier cosa que le conviniese saber, hizo que muchos hombres se dedicasen a prestar oído y a observar con detalle qué ayuda podían prestar al Rey anunciándole lo que oían o lo que veían.
- 11 Por eso fue por lo que se consideró que eran muchos los ojos y oídos del Rey¹⁹. Si alguien cree que se elegía a un solo hombre como ojo del Rey, se equivoca; pues, uno solo, pocas cosas puede ver y, uno solo, pocas cosas puede oír; si se encargase de esto a un solo hombre, sería como transmitir a los demás la consigna de que no se preocupasen de nada; además, en cuanto se diesen cuenta de que uno era «ojo», sabrían que habrían de ir con cuidado con él. Pero no es así, sino que el Rey escucha a todo el que dice haber oído o haber visto algo digno de consideración.
- 12 Es en este sentido que se considera que los oídos del Rey eran muchos y muchos también sus ojos; en todas partes se tiene el miedo de decir cualquier cosa no favorable al Rey, como si él mismo lo estuviese oyendo, o de hacer cualquier cosa que no le favorezca, como si él estuviese presente. En consecuencia, no sólo nadie se habría atrevido a mencionar ante alguien algo desagradable respecto a Ciro, sino que cada individuo se comportaba como si, ante todos aquellos con los que continuamente se iba encontrando, estuviese ante los ojos y los oídos del

¹⁸ También Herodoto afirma que sus súbditos daban a Ciro el nombre de «padre».

¹⁹ De esta organización de espías reales habla también Herodoto en I.100 y 114, pero atribuyéndosela no a Ciro, sino a Deices, el fundador del imperio medo. También Esquilo, *Persas* 980. En realidad se trataba de un cuerpo de oficiales independientes del sátrapa, que actuaban como inspectores distribuidos por todo el Imperio. Probablemente la creación de tal cuerpo fue una de las medidas adoptadas por Darío I, y, por tanto, posterior a Ciro.

Rey. A que los hombres se comportasen así respecto a su persona, yo no sé qué causa se le puede encontrar más convincente, que la voluntad de Ciro de corresponder con grandes favores a los pequeños que se le hiciesen.

- 13 Tampoco es nada extraño que, al ser el más rico, aventajase a todos en la magnitud de sus regalos; en cambio, es más digno de mención el hecho de que, siendo el rey, fuese el primero en las atenciones y cuidados a sus amigos. Se dice, en efecto, que era sobradamente conocido por todos que él ante nada se hubiese sentido tan avergonzado, como si alguien le hubiese superado en las atenciones a los amigos.
- 14 Se recuerda un dicho de él que decía que las funciones de un buen pastor y de un buen rey son muy cercanas²⁰. Puesto que, decía, el pastor debía sacar partido de sus rebaños procurando su bienestar, el bienestar propio de los rebaños; de la misma manera, el rey debía sacar partido de las ciudades y de los hombres procurándoles bienestar; no es, por tanto nada extraño que, si tenía este modo de pensar, rivalizase con todos los hombres por ser el primero en las atenciones a sus amigos.

- 15 Una bella muestra de esto se cuenta que Ciro le ofreció a Creso públicamente, cuando éste le reprochaba que, a fuerza de dar tantas cosas, iba a volverse pobre, siéndole posible atesorar en su casa más riquezas que ningún otro hombre. Se dice que Ciro le preguntó: «¿Cuánto dinero crees tú que yo tendría ya, si hubiese ido reuniendo el oro, tal como tú me aconsejas, desde que estoy en el poder?» Y que Creso le dijo una cifra enorme. Dicen que Ciro le contestó a esto: «Bien Creso, envía en compañía de Histaspas aquí presente a un hombre en el que tú confíes plenamente. Y tú, Histaspas —añadió—, haz un recorrido por los lugares donde están los amigos y diles que necesito dinero para una cierta empresa; pues la verdad es que lo necesito. Exhortales también a que cada uno apunte lo que me pueda proporcionar y que ponga su se-

²⁰ También Jenofonte al comienzo de la *Ciropedia*, en el planteamiento general, antes de hacer mención de Ciro, compara las funciones del pastor con las del hombre que debe gobernar a otros hombres. La imagen por otra parte, no es original: ya en la *Iliada*, Agamenón es llamado «pastor de pueblos», igual que otros caudillos. Es irrecuente esta imagen en la literatura griega.

llo y entregue la carta al servidor de Creso para que la traiga». Todo esto que decía, lo escribió, le puso el sello y se lo entregó a Histaspas para que se lo llevase a los amigos. En el escrito decía también a todos que acogiesen a Histaspas como amigo suyo. Una vez que él hizo el recorrido y el servidor de Creso trajo las cartas, Histaspas dijo: «Oh Rey Ciro, ahora ya también a mí me debes tratar como a un hombre rico, pues, a causa de tu carta, heme aquí en posesión de muchísimos regalos.» Ciro replicó: «Creso, con uno sólo, este hombre, tengo ya a mi disposición un tesoro; ten en cuenta también a los demás y calcula cuánto es el dinero de que dispongo, si lo necesitase para algo.» Se cuenta que, haciendo el cálculo Creso, encontró que era mucho más de lo que él había dicho a Ciro que tendría en los tesoros de su palacio, si lo reuniese todo. Cuando esto quedó claro, se cuenta que Ciro dijo: «¿Ves, Creso, como también yo tengo tesoros?»²¹ Sin embargo, tú me exhortas a que los atesore en mi palacio y sea envidiado y odiado por su causa, y a que ponga guardias a sueldo para vigilarlos y confíe en ellos. En cambio yo considero que haciendo ricos a mis amigos, éstos son mis tesoros²² y guardianes a la vez de mi persona y de mis bienes, más dignos de confianza que si hubiera puesto para su custodia guardianes a sueldo. Y te diré otra cosa: es cierto, Creso, que tampoco yo mismo soy capaz de superar la tendencia que los dioses han puesto en las almas de los hombres y que los hace a todos pobres por igual, sino que también yo soy insaciable, como los demás, en el deseo de riqueza²³. Sin embargo, me parece a mí que yo difiero de la mayoría en que, ellos, una vez que poseen bienes por encima de lo que les basta para vivir, una parte la entierran, otra la dejan pudrir, y el resto tienen el trabajo de contarlo, medirlo, pesarlo, sacarlo al aire y vigilarlo; sin embargo, por tener dentro de su casa todos esos tesoros,

²¹ Creso era célebre por sus tesoros. Se los muestra orgulloso a Solón, cuando este sabio ateniense le visita, y pretende que, a la vista de ellos, Solón le declare el hombre más feliz del mundo, lo que, evidentemente, no consigue (ver Hdt. I.30 sigs.).

²² La misma idea la desarrolla Jenofonte en *Hierón* XI.13. Cf. también *Econ.* II.7.

²³ Delicada muestra de comprensión frente a Creso, que tanto se ha dejado engañar por la seguridad que le ofrecían sus muchas riquezas.

ni comen más de lo que pueden soportar, pues explotarían, ni se revisten de más vestiduras de las que pueden llevar, pues se ahogarían, sino que los bienes sobrantes les resultan una carga. Yo sigo la pauta marcada por los dioses y anhelo también cada vez más; pero, cuando llego a poseer lo que yo veo que está por encima de mis necesidades, socorro las necesidades de mis amigos con este sobrante —enriqueciendo y favoreciendo a hombres cuya simpatía y amistad yo me gano— y de esta actitud obtengo como fruto la seguridad y el buen nombre, ya que estos bienes ni se pudrirán, ni me causarán molestias por ser excesivos; porque la buena fama, cuanto más se extiende más grande, hermosa y liviana resulta, y muchas veces también hace más ágiles a los hombres que la llevan consigo. Y para que lo sepas, Creso, yo no considero los más felices a los hombres que más tienen y que más tesoros vigilan; pues, de ser así, los más felices serían los que vigilan las murallas, ya que están vigilando todo lo que hay dentro de las ciudades. Al contrario, yo considero que el más feliz es el que sea capaz de adquirir más cosas con justicia y servirse más de ellas con nobleza.» Era evidente que también en esto Ciro actuaba de acuerdo con sus palabras.

Además, dándose cuenta de que la mayor parte de los hombres, si habitualmente a están sanos, se preparan para tener lo necesario y toman las medidas útiles contando con una vida sana, en cambio, como veía que no se preocupaban demasiado de cómo disponer de lo necesario si estuviesen enfermos, decidió, en consecuencia, esforzarse por remediarlo: reunió a su lado a los mejores médicos, porque estaba dispuesto a sufragar sus gastos, y atesoraba también en torno suyo todo el instrumental que cualquiera de estos médicos le decía que era útil, o medicinas, sólidas o líquidas, disponiendo todo de modo que no faltase ninguna de estas cosas. Cuando caía enfermo alguien de los que era importante por sus funciones, supervisaba su tratamiento y ponía a su disposición todo lo que necesitaba. Sabía también mostrar su agradecimiento a los médicos cuando alguno curaba a alguien tomando un remedio de los que él había hecho almacenar.

Estos procedimientos y muchos otros semejantes ima-

ginó para tener el primer puesto en los corazones de aquellos cuyo afecto quería ganar. Y los concursos y competiciones que proponía en su afán de imbuir la rivalidad por las cosas bellas y buenas, eran un motivo de alabanza para Ciro, por el hecho de preocuparse de que se ejercitase la virtud; sin embargo, esas competiciones traían consigo disputas y rivalidades entre los hombres más distinguidos. Además, Ciro estableció como norma que, en todo lo que se necesitase una decisión, en un proceso de justicia o en una competición, quienes necesitasen esa decisión se pusiesen de acuerdo sobre los jueces. En consecuencia, es evidente que los que se enfrentaban por alguna cosa, unos y otros, ponían su mira en los jueces más poderosos y más amigos; y el que no ganaba sentía envidia de los que ganaban y odiaba a los que no le habían elegido a él; a su vez el que salía triunfante, se figuraba que había vencido justamente, de modo que consideraba que a nadie debía agradecimiento. También los que querían tener el primer puesto en la amistad de Ciro —tal como hacen otros en las ciudades²⁴— se odiaban entre sí, de modo que la mayor parte prefería ir cada uno por su lado antes que cooperar en algo que fuese bueno para unos y otros.

Estas cosas muestran cómo se las ingeniaba Ciro para que los poderosos sintiesen todos más afecto por él que unos para con otros.

VIII.3

2

3

4

5

²⁴ Feraulas es un persa del pueblo que goza de la simpatía de Ciro y muestra su decisión de igualarse con los *homótimos* en la lucha, como propone Ciro (cf. II.3.7. sigs.).

²⁴ Alusión a las ciudades griegas, Atenas sobre todo.